

PROGRESO Y REVOLUCION¹

Acaba de aparecer un libro importante sobre el progreso humano. Siempre es de interés ver a la teología y a un teólogo de oficio enfrentarse con un tema de actualidad que, por lo mismo, no ha podido ser enfocado debidamente por los "clásicos". Es una prueba de fuerza y en este caso Alfaro, profesor de dogma en la Gregoriana, ha probado bien que no le faltan fuerzas teológicas.

El trabajo merecería una larga discusión para la que ahora no cuento ni con espacio ni con tiempo. Pero no quisiera dejar la ocasión para hacer una distinción que estimo importante en la discusión del tema.

Que el progreso sea un gran tema teológico, es claro. Parece por sí mismo tan afín al tema clásico de la creación, que como tema teológico no necesita justificación sino desarrollo. Y Alfaro lo desarrolla. Empieza aportando los datos bíblicos y la doctrina del Vaticano II. Continúa con una reflexión antropológica como es el uso entre los mejores teólogos de hoy. En un tercer capítulo nos da los fundamentos cristológicos del progreso humano, que lo entiende en la línea de la *Populorum Progressio*, no sólo como progreso técnico y económico sino como desarrollo de todo el hombre y de toda la comunidad humana.

Es en este punto de la fundamentación cristológica donde está la raíz del enfoque. Alfaro, como **propenden a hacerlo los desarrollistas**,

más atentos a la realidad del Primer Mundo que a la del Tercer Mundo, enfoca la cuestión sin percatarse que el "progreso" es una abstracción. Consecuentemente elaboran una teología que llamaría yo abstracta no porque sea difícil y abstrusa, sino porque absolutizan y desencarnan lo que se entiende por progreso de su real contexto sociológico y, consecuentemente, de su real contexto cristiano.

El progreso es, efectivamente, una abstracción. Prescinde o ignora —para el caso práctico es lo mismo— que la multitudinaria y gravísima realidad del Tercer Mundo se presenta realmente en su concreto conjunto total en términos de revolución. Empleo el término con la misma neutralidad sociológica con que Alfaro utiliza el término sociológico. Y entonces me pregunto si, en el actual estado de cosas, es posible un progreso, un desarrollo integral, sin que adopte la forma de una revolución integral. Alfaro puede responder que sí, o que no, o que su planteamiento prescinde de esta cuestión. En los dos primeros casos se trata de una opción primariamente sociológica, a la que no es ajena el estar en el Primer Mundo o en el Tercer Mundo. En el caso de la precisión estaríamos en el plano abstracto, al que antes aludía.

Ahora bien, esta abstracción no es posible más que metodológica-

1) ALFARO, Juan.—"HACIA UNA TEOLOGIA DEL PROGRESO HUMANO", Herder, Barcelona, 1969.

mente y aun en ese caso con grave riesgo. En el caso de que el progreso no pudiera ser mas que un progreso revolucionario, la teología misma del progreso tendría que ser profundamente distinta a la planteada por Alfaro. Pienso que lo dicho por él podría ser asumido no sin la necesaria purificación dialéctica que las asumpciones verdaderas exigen.

En efecto, Alfaro se sitúa predominantemente en una perspectiva creacionista. Claro que enfocada a su vez desde una perspectiva trinitaria. Esto implica forzosamente el tener en cuenta la encarnación del Hijo sin la que el Padre y el Espíritu no nos son accesibles. Pero me temo que esa encarnación está entendida demasiado racionalmente. Es decir, que no se considera como dato absoluto, bien que histórico, la concreta forma en que se dio de hecho la encarnación. Es cuestión de matiz y de acento, claro está, porque Alfaro habla repetidamente del vaciamiento de la divinidad en la figura de Jesús. Pero en el matiz y en el acento está el paso del laboratorio teológico a la realidad cristiana.

Y de realidad cristiana se trata. Yo le preguntaría a Alfaro qué puesto ocupa en su planteamiento el tema del pecado. Ahora bien, si no se toma la categoría de pecado como la típica interpretación cristiana de la realidad no sólo de la historia sino incluso de la creación misma —no puedo extenderme en la ampliación del pecado desde el hombre a la creación misma, máxime si se presenta en forma evolutiva o evolvente, para emplear la terminología de Zubiri—, creo que se desfigura no sólo la visión cristiana de la realidad sino la misma realidad. Y si hay pecado, no hay más que una forma de llegar al

nuevo cielo y a la tierra nueva, y esa forma es la redención, la cruz. Dicho en términos sociológicos no el progreso sino la revolución. También Alfaro habla de la cruz y de la resurrección pero de forma muy derivada, precisamente porque en su planteamiento cuenta poco el pecado histórico, este pecado objetivado que impide el que la verdad del hombre rompa en plenitud. El dato concreto no es, por tanto, una gran tarea que deben llevar a cabo los hombres. El dato concreto es que la tarea inmensa que le resta a la humanidad es a partir de su inmediata realidad de pecado más social que individual. Y del pecado sólo se sale muriendo. Ambos datos, el del pecado y el de la muerte no están tratados con el debido vigor por Alfaro.

Enfocado así el tema del progreso como progreso redentor y revolucionario daríamos cabida a la integridad del cristianismo, que es permanente resurrección en permanente crucifixión. Enfocado así el tema se acerca uno más a la integridad de nuestra realidad histórica y a la integridad del mensaje cristiano. Más aún, aparece mucho mejor la congruencia del mensaje cristiano íntegramente entendido con nuestra realidad histórica íntegramente enfrentada y analizada. Lo contrario puede parecer la preparación de un nuevo vestido teológico para complacer a los que dirigen hoy por hoy el desarrollo o el progreso de los pueblos. La perspectiva europea y occidentalista limita demasiado la visión.

No por eso dejan de ser útiles estudios como los de Alfaro. A condición, vuelvo a repetir, de que se tenga muy en cuenta su carácter abstracto. En la perspectiva concreta e integral hay ciertamente un elemento de progreso, que, como

tal, debe ser analizado teológicamente para que contribuya al sentido cristiano de la acción temporal. Y esto lo realiza Alfaro de manera admirable. Pero sería deformante pretender que esta consideración parcial se convirtiese en la clave interpretativa de lo que hoy debe ser concretamente un progreso humano. Y sería también deformante el que una consideración como esta se estimase como el fundamento definitivo, en su planteamiento al menos, de lo que debe ser hoy una acción temporal cristiana debidamente comprometida con lo que es de hecho nuestra situación social histórica.

La peculiaridad del Cristianismo y, sobre todo, su integridad no aparece desde lo que pudiéramos llamar una teología "divina" sino de lo que debiera ser una teología "cristiana". Alfaro así lo hace, pero, como antes insinué, el Cristo que nos plantea tiene más de Logos intemporal que de hombre en el que hasta cierto punto se absolutiza la historia. Porque se trata sólo de matiz y de acento, la reflexión teológica de Alfaro es perfectamente aprovechable. Porque el matiz y el acento son en este punto decisivos, su reflexión debe ser "superada" dialécticamente en un contexto más histórico y más real. Pienso que también más cristiano.

